

RODOLFO EDWARDS

# CON EL BOMBO Y LA PALABRA

El peronismo en las letras argentinas.  
Una historia de odios y lealtades



Seix Barral

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Introducción](#)

[1. Los mapas del peronismo](#)

[2. La batalla cultural](#)

[3. El \*stand up\* de Perón](#)

[4. El comienzo del relato: Ramírez y López, los primeros peronistas](#)

[5. Narrar el 17 O](#)

[6. Con las patas en la poesía. Poetas peronistas. Vidas y obras](#)

[7. Rosas y Perón, un solo corazón](#)

[8. La pregunta de Martínez Estrada](#)

[9. El peronismo en pedazos. Amputaciones, trozados, desmembramientos](#)

[10. La vida por Perón](#)

[11. El neoperonismo literario](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

Rodolfo Edwards

## Con el bombo y la palabra

El peronismo en las letras argentinas. Una  
historia de odios y lealtades

Edwards, Rodolfo

Con el bombo y la palabra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2014.

Ebook

ISBN 978-950-731-790-3

1. Literatura Argentina.

CDD A860

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

© 2014, Rodolfo Edwards

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Imagen de cubierta: Pool y Marianela

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Seix Barral®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: junio de 2014

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-731-790-3

Digitalización: Proyecto451

*CON EL BOMBO Y LA PALABRA*

*a mis padres, Teresa y Plutarco,*

*a Elba y a Mariana*

*por soplar la burbuja de amor en la que habito*

*a mi tío Duarte que me hizo peronista*

*a Jorge Abelardo Ramos y a Ernesto Goldar*

*que me enseñaron el camino*

*a Juan y a Eva*

*y a todos los peronistas de corazón*

*Gobernar es crear trabajo.*

JUAN PERÓN

*¿Con quién puedo comparar a los hombres de esta generación? ¿A quiénes se parecen? Se parecen a esos chicos que, sentados en la plaza, se gritan unos a otros: «¡Les tocamos la flauta y ustedes no bailaron! ¡Entonamos cantos fúnebres y no lloraron!» Porque llegó Juan, que no comía pan ni bebía vino, y ustedes dicen: «¡Ha perdido la cabeza! ¡Está endemoniado!» Llegó el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: «¡Es un glotón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores!» Pero la sabiduría se ha acreditado por sus obras. Palabra del Señor.*

Evangelio de Nuestro Señor según San Mateo,  
cap. 11, vers. 16-19

*La pureza del corazón es querer una sola cosa.*

SÖREN KIERKEGAARD

## Introducción

Cuando tenía ocho o nueve años, mi tío «Duarte», al que nombrábamos por su apellido (sí, tenía el mismo que Evita), me traía todas las mañanas el diario *Crónica* y se sentaba, bajo la sombra de un toldo de lona, a hablarme de Perón, del cual era fanático. Mi tío Segundo Duarte era paraguayo y estaba casado con mi tía Cristina, hermana de mi vieja. Recuerdo que usaba unas chancletas de plástico transparente y que confiaba ciegamente en que yo en el futuro sería político o escritor. En cuanto a lo segundo, creo que acertó.

Por él me hice peronista. Me fascinaba escuchar sus historias sobre el General, por entonces exiliado en Madrid. En su casa tenía fotos encuadradas de «el Pocho», como él lo llamaba. A mí la que más me gustaba era aquella con el caballo pintado donde Perón miraba hacia un punto lejano en el futuro, a la posteridad, a la infinitud de la llanura patria, libre para siempre de las garras de los poderosos de la tierra. Las paredes de la casa de mis tíos estaban pintadas de un color naranja fuego como la cupé con la que Sandro por aquellos años se floreaba con sus chicas a toda velocidad por la Panamericana. A comienzos de los setenta, la luneta trasera de todos los autos tenía una calcomanía del cantante brasileño Roberto Carlos con la cara azul y por la radio sonaba «Negra, no te vayas de mi lado» de Banana, «Bailando Mali-Kivú» de Kingston Karachi y «El que no baila es un aburrido» de Katunga. Tampoco podían faltar en la *play list* «Estoy hecho un demonio» de Safari, «La reina de la canción» de La Joven Guardia y «Yo tengo fe», uno de los tantos *hits* de Palito Ortega que el calesitero del Parque Lezama no se cansaba de pasar.

Mi vieja Teresa vio una sola vez a Evita: entregaba máquinas de coser en una escuela que está en Lamadrid y Martín Rodríguez. «Era hermosa», me dijo, «hermosa», repitió; mi viejo Plu-

tarco también la vio una sola vez entrando airada a un sindicato. En casa siempre se recordaba a la hija de la vecina que vivía en «Las Casas Baratas» (1) que había muerto asesinada por las bombas de los aviones que invadieron el cielo de la Plaza de Mayo en junio de 1955. Era muy jovencita, tenía 25 años, era profesora de piano. Cuando los aviones criminales ya habían aterrizado en el Uruguay, todo el barrio la estaba llorando.

En enero de 1974 lo estoy viendo a Perón por la tele, parado en un palco del autódromo de Buenos Aires; al lado de Isabelita mira con ojos chinos cómo el Brabham blanco N° 7 de Carlos «Lole» Reutemann se quedaba sin nafta media vuelta antes de la bandera a cuadros que lo hubiese ungido ganador del Gran Premio de Argentina de Fórmula 1.

Punteó durante 50 de las 53 vueltas que compusieron la carrera. Logró sobre el segundo una diferencia sobrenatural (casi 28) de la que no hay antecedente en la memoria tratándose de la vanguardia en una carrera punteable de F-1, llevó de paseo a los mejores autos y a los mejores pilotos del mundo durante el 95% de la carrera, y aun corriendo el riesgo técnico de estrenar un auto, pudo darse con cierta comodidad el inesperado lujo —inesperado para nosotros— de tomar hasta un segundo y fracción de ventaja por vuelta sobre el pelotón que lo perseguía. Faltando apenas media vuelta, y pocos metros después de entregarle la punta a Denny Hulme, Reutemann y su flamante BT-44 se detuvieron definitivamente en la entrada del mixto provocando la melancolía de casi 100.000 espectadores. Las repletas tribunas habían tenido dos horas para aplaudirlo y dos minutos para llorar sinceramente esa injusticia deportiva. Así Reutemann nos colocó a todos mucho más cerca de la reacción sentimental que del análisis frío, maduro y atinado (...) Si el auto se quedó sin nafta —como anunciaron en el box de Brabham— o si el motor se rompió luego de marchar sólo con 7 de sus 8 cilindros —como pareció escucharse desde el césped— es una minuta sin importancia, aunque duela mucho más porque la falla se produjo en las últimas dos vueltas y justamente aquí, en la Argentina. (2)

Nuestro televisor tenía una pantalla de cristal verdoso empotrada dentro de una caja de madera pesadísima de la que se desprendía un tubo que parecía una tuba. Era blanco y ne-

gro con pequeños estallidos de estrellas blancas que cruzaban la imagen intermitentemente (siempre había que mover un poco la antena). Los domingos al mediodía almorzábamos con los Campanelli,<sup>3</sup> una *sit com* que todavía no se llamaba *sit com*, donde un patriarca dirimía las diferencias planteadas en la mesa familiar con un grito feroz:

«¡Basta! ¡No quiero oír ni el volido de una mosca!»

Una vez pacificada la mesa, llegaba la bendición:

«¡Qué lindos son los domingos!... ¡No hay nada más lindo que la familia unida!»

Y se terminaba el almuerzo y el programa. Y yo ya me animaba a hablar en cocoliche como el tano de arriba de mi casa.

Vi por aquella tele los últimos discursos y también las exequias del general Perón. Por esos caprichos de la memoria, aún recuerdo nítidamente una contratapa de la Sexta de *Crónica* donde hay una foto de una mujer morocha desmayada en la cola del sepelio de Perón. Al pie de la foto decía: «A pesar de estar desmayada su mano derecha aferra fuertemente su cartera».

Aún conservo un disco simple de vinilo de «33 revoluciones por minuto» que reproduce fragmentos de dos discursos de Perón. En el lado «A»: «Discurso pronunciado el 1° de junio de 1974 por el TTE. GRAL. JUAN DOMINGO PERÓN, desde los balcones de la Casa de Gobierno. En el lado «B»: «Discurso pronunciado el 12 de junio de 1974 por el TTE. GRAL. JUAN DOMINGO PERÓN, desde los balcones de la Casa de Gobierno». Pongo el disco en la bandeja, después de mucho tiempo. Con mis amigos solíamos terminar lejanas fiestas de cumpleaños con este disquito, mientras cantábamos a los gritos la marchita. En un ejemplar de *Ezeiza* de Horacio Verbitsky leo una dedicatoria: «Falta sólo un año para el cuarto de siglo pero antes de la mitad llegaremos a la Victoria (un abrazo peronista). Firmado: Claudio, Fernanda, Lorena». La voz de Perón en aquel disquito suena cascada, refleja una vejez exhausta donde sin embargo se percibe un encomiable esfuerzo por demostrar una bravura imprescindible para esos momentos cruciales: el viejo patriarca quemaba las naves en el invierno irremediable. La fritura del vinilo acentúa el desgastado tono del líder, sus palabras se tropiezan en los surcos trajinados como tratando de salirse de la eternidad y volver a la temporalidad de los vivos. Son sus últi-

mas palabras frente a una multitud tensa y angustiada, su testamento oral y público. Habla Perón:

Ha llegado la hora de que pongamos las cosas en claro. Sabemos que tenemos enemigos que han comenzado a mostrar sus uñas pero sabemos que tenemos a nuestro lado al pueblo y cuando el pueblo se decide a luchar es invencible.

Yo sé que hay muchos que quieren desviarnos en una o en otra dirección. Nosotros conocemos perfectamente bien nuestros objetivos y marcharemos directamente a ellos, sin influenciarnos ni por los que tiran de la derecha ni por los que tiran de la izquierda.

Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que para mí es la palabra del pueblo argentino.

Abajo rugían voces que se hacían una sola coreando otra vez su apellido en un *loop* que quedó rebotando para siempre entre las palmeras de la plaza del pueblo. Grito de devoción y rebeldía que nunca lograrán silenciar los agoreros, los *desperonizadores* de pluma y lengua afilada que se reproducen como en aquel poema de Silvio Rodríguez: «La mato y aparece una mayor/con mucho más infierno en digestión». Nunca podrán apagar lo inextinguible. Van a tener que seguir comiéndose sapos con la carita de Perón. El peronismo ha resistido hasta ahora los peores pronósticos sobre su sobrevivencia y siempre ha salido airoso con una nueva cáscara, con una risita de comedia dibujada en su máscara de hierro, nutriéndose de sus propios errores, conocedor de todos los antídotos.

Cuando era adolescente, mi padrino Tito me regaló un ejemplar deshilachado de *La razón de mi vida* y me dijo: «Esto a vos te va a servir». Conclusión: mi familia estaba llena de vates y videntes... Por el obsequio de mi padrino me percaté que el peronismo también era escritura, se podía leer, declarar, predicar. Cuando murió mi tío Duarte, me dejó como herencia un cortaplumas de nácar y *La fuerza es el derecho de las bestias*. Venía bien rumboado.

Todo lo que cuento sucedía en conventillos del barrio de La Boca en lejanos días de manteles de hule rojo, centros de mesa de acrílico y patio compartido. Al lado de mi casa había un baldío y allí crecían, espontáneamente, sin que nadie las plantara, guías de zapallos y plantas de tomate. Una verdadera

huerta automática y espontánea, orgullo de los vecinos de la cuadra con los que, por gracia divina, teníamos una verdulería comunitaria a cielo abierto, a nuestra entera disposición. Pero un día, aprovechando las sombras de la noche, un caco se llevó todo. No quedó ni un zapallito *baby*. Y la tierra del baldío se quedó estéril para siempre. Apenas un yuyerío chúcaro, obstinado, verde oscuro, invadió todo, sin flores, sin frutos. El recuerdo de aquel baldío aún me persigue. Alguien puede aparecer de pronto y quedarse con todo.

Un doble de Perón, parecidísimo, se paseaba por la calle Olavarría al despuntar las tardes del brazo de su señora. Trabajaba en el programa televisivo «La Tuerca» que pasaban por canal 11.

Me veo en mi viaje de egresados, en un micro, boqueando, por un camino de cornisa que unía la ciudad de San Juan con Calingasta. Para superar el vértigo que me provocaban los hondos precipicios, me abstenía de mirar por las ventanillas, como estaban haciendo alegremente todos los demás, me concentraba en la lectura de *La comunidad organizada*, el primer libro de Perón que me compré; con sus tapas azules compartía estante adentro de un roperito con dos puertas (mi primera biblioteca) con *La metamorfosis* de Kafka, *Los versos del capitán* de Pablo Neruda y una antología del CEAL (Centro Editor de América Latina) de Macedonio Fernández. Alejandro y Manuel, mis amigos/compañeros de 5to. 1ra. (Orientación en Letras), me gastaban burlándose de mi cobardía, mientras subían el volumen de un grabador que escupía «Carouselambra», un tema de Led Zeppelin que hacía furor en 1981. El chofer era un crack. Llegamos ilesos a Calingasta. Mi ejemplar de *La comunidad organizada* sufriría un grave percance en el invierno de 1989: cayó al agua durante una sudestada, cuando la crecida del Riachuelo fue tan grande que se nos había metido adentro de la casa, arruinando casi todo. A *La comunidad organizada* lo sequé al sol, cuando bajaron las aguas. Y aquí lo tengo ahora sobre mi escritorio: bichoco, con todas las hojas sueltas, desteñido el azul pero intactas las palabras de mi General.

Imágenes de mi peronismo afectivo, de mi peronismo de caballito de mar. (4)

Por todas estas cosas, me sigo emocionando cuando pasan por algún canal retro la peli *Espérame mucho* de Juan José Jusid donde se narra la década del cincuenta desde la mirada de un niño. El peronista del barrio, interpretado por Víctor Laplace, en los minutos finales recitaba «Espérame y volveré», un poema del poeta ruso Konstantin Símonov: (5)

*Espérame y volveré.  
Espera ansiosa...  
Espera, cuando las lluvias  
traigan tristeza.  
Espera, cuando el verano  
traiga calor.  
Espera, cuando los otros  
sean olvidados.  
Espera, cuando de lejos  
no lleguen cartas.  
Espera, aun cuando todos  
estén cansados ya de esperar.*

*Espérame y volveré.  
Ignóralos si te dicen  
que es tiempo ya de olvidar.  
Deja que mi hijo y mi madre  
piensen que yo ya no existo.  
Cuando todos mis amigos,  
cansados ya de esperar,  
se reúnan junto al fuego  
y beban el vino amargo  
a mi memoria, espera...  
Espera, y no te apresures  
a vaciar también tu copa.*

*Espérame y volveré  
a despecho de mil muertes.  
Los que no me esperaban  
quizá dirán: «Tuvo suerte».  
Ellos no comprenderán  
que en el rigor del combate  
tu esperar me salvó.  
Mas cómo sobreviví,  
sólo tú y yo lo sabremos,*

*pero tú supiste esperar  
como nadie esperó.*

Este poema decía muchísimo sobre el peronismo, sobre sus idas y venidas, sobre su encarnizada dialéctica de ausencias y retornos, donde la esperanza siempre permanece encendida como una llama votiva, con la certeza de que vendrán tiempos mejores. La *Patria de la Felicidad* nos espera en algún lugar como una megalópolis suspendida más allá del valle del tiempo donde todos seremos compañeros para siempre, acorazados contra todo mal.

Al momento de escribir estas líneas, los hermanos Rodríguez Saá organizan un acto y caravana, celebrando el regreso de los restos de José María «Mono» Gatica (icono peronista) a Villa Mercedes, provincia de San Luis, donde había nacido un 25 de mayo de 1925; la ciudad se llenó de afiches que proclamaban: «Gatica vuelve a casa». En una pared cercana, otro afiche anuncia una obra de teatro: «Manzi, la vida en orsaí». Por estos días también se celebran los 203 años de la Revolución de Mayo y los 10 años del kirchnerismo en el poder; la «Década ganada» rezan los afiches correspondientes que invitan a un acto multitudinario. Cerca de la Casa de Gobierno, veo a la señora Presidenta de la Nación, Cristina Fernández de Kirchner, justo en el momento en que está bajando del helicóptero presidencial; de riguroso negro, segura, las aspas de la nave despeinan levemente su pelo lacio, brillante. Más tarde, entro a una librería de la calle Montevideo: el librero y un cliente están debatiendo sobre la represión y los presos políticos durante los primeros gobiernos de Perón; rápido de reflejos el cliente (que era «anti») tira a la mesa «el caso Cipriano Reyes», encarcelado por el gobierno peronista. El librero le replica que Perón metía en cana a los opositores «dos o tres días» y después no pasaba nada. Un día en la vida argentina (totalmente peronista).

Con los años me di cuenta de que la Argentina se parecía demasiado al peronismo, que se derramaba como un vaso de vino sobre el mapa del país hasta cubrirlo por completo. Cada provincia, cada ciudad, cada pueblo, todas las plazas, todos los cafés, las calles más recónditas, exudan peronismo. Con sus altos ideales pero también con su confusión y su delirio.

Del peronismo salieron «vivas» y «muertas» como si a la vida y la muerte las separase apenas una delgada línea por donde hace equilibrio un pueblo leal y creyente.

«¡Creer! He allí toda la magia de la vida», decía Raúl Scalabrini Ortiz en el comienzo de *El hombre que está solo y espera*. En ese «creer» tal vez estén comprendidas todas las razones de «ser peronista».

El peronismo no se aprende ni se proclama, se comprende y se siente, ha dicho Perón. Por eso es convicción y es fe. Es convicción porque nace y se nutre en el análisis de los hechos, en la razón de sus causas y de sus consecuencias. Tiene el empuje y la dinámica de la historia en marcha. Es la conciencia hecha justicia que reclama la humanidad de nuestros días. Es trabajo, es sacrificio y es amor, amor al prójimo. Es la fe popular hecha partido en torno a una causa de esperanza que faltaba en la Patria y que hoy proclama el pueblo en mil veces distintas en procura de una libertad efectiva nunca alcanzada, a pesar del dolor y *del esfuerzo* de este glorioso pueblo de descamisados. (6) (El destacado es de Evita.)

Jorge Luis Borges asocia lo sentimental a lo patético y al peronismo con la mentira y el enmascaramiento, mientras glorifica la flamante Revolución Libertadora en un artículo publicado en el N° 237 de la revista *Sur*, *L'illusion comique*, donde demuele al peronismo con la misma saña que en la calle se destruían bustos y monumentos del gobierno depuesto. Borges hablaba allí de la «suspensión de la incredulidad»:

Ya Coleridge habló de la *willing suspension of disbelief* (voluntaria suspensión de la incredulidad) que constituye la fe poética; ya Samuel Johnson observó en defensa de Shakespeare que los espectadores de una tragedia no creen que están en Alejandría durante el primer acto y en Roma durante el segundo pero condescienden al agrado de una ficción. Parejamente, las mentiras de la dictadura no eran creídas o descreídas; pertenecían a un plano intermedio y su propósito era encubrir o justificar sórdidas u atroces realidades. Pertenecían al orden de lo patético y de lo burdamente sentimental; felizmente para la lucidez y la seguridad de los argentinos, el régimen actual ha comprendido que la función de gobernar no es patética. (7)

Lo que Borges y sus amigos se negaban a comprender es que el peronista se autoinflige esa fe poética por la necesidad de creer en alguna causa que lo «encauce», condición de posibilidad de su existencia civil. A los muchos descarrilados sociales los levantó únicamente el tren peronista.

El peronista usa el método sentimental para contar su historia. La narración de los sucesos del 17 de octubre de 1945 de Raúl Scalabrini Ortiz es un buen ejemplo. No en vano Leonardo Favio tituló *Perón, sinfonía del sentimiento* el documental que recorre la historia del peronismo desde sus orígenes hasta la muerte de su conductor. Sentir primero, después explicar.

Aquel número de *Sur*, titulado «Para la reconstrucción nacional», se abocaba al análisis del peronismo, adscribiéndose a una postura que muchos imitarían: el país debe ser reorganizado después del paso de las hordas peronistas por el poder que siempre son consideradas como un agente invasor, soldadesca de un ejército de ocupación. La directora de *Sur*, doña Victoria Ocampo, también hacía su descargo en aquel número, hablando de su encarcelamiento durante el gobierno de Perón:

En lo que me concierne personalmente —y hubiera podido pasarlo peor— en 1953 estuve presa 27 días sin que me explicaran claramente a qué respondía ese castigo. En dos ocasiones habían allanado mi casa (y una vez la revista), registraron mis armarios, mis cajones; leyeron mis papeles, mis cartas (ninguno concernía al gobierno, ni tenía relación directa con la política). (...) Durante mi estadía en el Buen Pastor había descubierto, entre otras cosas, que la cárcel material es menos penosa, hasta menos peligrosa moralmente para los inocentes que la otra cárcel: la que había conocido en las casas, en las calles de Buenos Aires, en el aire mismo que respiraba. Esa otra cárcel invisible nace del miedo a la cárcel, y bien lo saben los dictadores. (8)

En su monumental *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina*, José Pablo Feinmann le dedica un capítulo a la figura de Enrique Santos Discépolo. «Discépolo y el peronismo» trata de disipar la neblina que a veces envuelve la obra del genial compositor, cineasta y poeta: